

### 3. LECTURAS

---

## La Tenochtitlan de Alvarado Tezozomoc

CLEMENTINA BAITCOCK

Dirección de Estudios Históricos - INAH - Secretaría de Cultura (México)

Recibido: 5/9/2016

Aceptado: 21/3/2017

**Resumen:** La *Crónica Mexicana* de Hernando Alvarado Tezozomoc se construyó a partir de la convivencia de dos tradiciones narrativas: la novohispana y la indígena. El orden discursivo que plantea está codificado en una estrategia narrativa en castellano que enaltece un pasado de gloria, conquista y heroísmo mexica, y se ocupa de un mismo espacio geográfico: la extinta Tenochtitlan y la Ciudad de México novohispana. Por lo tanto, es objetivo de este artículo analizar dicha estrategia narrativa en torno a la proyección de la memoria prehispánica en los nuevos espacios novohispanos.

**Palabras Clave:** Memoria, Ciudad, Tradición, Escritura, Narrativa.

**Abstract:** Hernando Alvarado Tezozomoc wrote his *Crónica Mexicana* in the narrative coexistence of two traditions: native and new hispanic. The discourse order its codified into a narrative strategy that preserves a glorious, conqueror, and heroic mexica past that occupies the same geographic space: The extinct Tenochtitlan and the new Hispanic Mexico City. The objective of this article is to analyze these narrative strategy that takes the projection of the prehispanic memory over the new hispanic spaces.

**Key words:** Memoria, Ciudad, Tradición, Escritura, Narrativa. Memory, City, Tradition, Writing, Narrative., *ca Mexicanao novohispano.en la edificaci* dudas se convierte en un texto referente para entender la destrucci



El hombre se parece más a su tiempo que a sus padres  
Proverbio árabe, citado por Marc Bloch  
*Apología para la historia*

La *Crónica mexicana*<sup>1</sup> de Hernando Alvarado Tezozomoc es una obra susceptible de ser leída por cualquiera, tanto en nuestros días como en el momento en el que fue escrita. Asumo que su destinatario específico y original era un lector que conocía o que quizás vivía en la Ciudad de México de fines del siglo XVI. Porque así como su asunto medular es un pasado ya remoto, el texto no deja de entrelazarse con la realidad novohispana inmediata del autor, y en particular con la de la construcción de la ciudad, así la de los tiempos pretéritos como la de su presente. Por lo tanto, me interesa examinar la estrategia narrativa que Alvarado Tezozomoc ocupa para expresar las referencias geográficas a la urbe que se encuentran en esta crónica, en la medida que proyecta la transformación de la memoria indígena para su supervivencia en los nuevos espacios novohispanos.

En cuanto a la estructura, la *Crónica* está compuesta por 110 capítulos<sup>2</sup> titulados y fue escrita en castellano. La temporalidad en la que se inscribe el relato no está fijada realmente en la cronología, sino que alude a un pasado heroico no definido y previo al arribo del conquistador Hernán Cortés; no obstante, el discurso tiene un ordenamiento en secuencia temporal, aunque sólo en su capítulo LXXXI aparezca una fecha: la de 1470 que marca la inundación ocurrida en tiempos del *tlatoani* Ahuizotl. Aquí cabe señalar que este gobernante comenzó a gobernar en 1486 y permaneció hasta 1502, por tanto, aquel suceso no aconteció bajo su tiempo. Es curioso este “desliz” de Alvarado Tezozomoc, ya que en su obra fue un narrador cuidadoso y muy prolijo de los hechos.

---

<sup>1</sup> La anotación de la estructura de la obra a la que refiero en esta primera parte del texto la tomo de la edición de la *Crónica Mexicana* realizada por Manuel Orozco y Berra, y precedida del códice Ramírez, en México, en 1878, la cual ha sido la más divulgada.

<sup>2</sup> Existe otra edición con 112 capítulos, realizada por Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro en 1997, tomada del *manuscrito Kraus* ( fechado para principios del Siglo XVII), mismo que se encuentra en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.

La concatenación de su relato es ininterrumpida, salvo por los cortes que marca cada capítulo con su respectivo título; tales cierres sirven para introducir en el cuerpo discursivo principal otros hechos que se agregan y se articulan a él. Se perciben en la obra varios niveles,<sup>3</sup> esto es que, de manera consciente o inconsciente, el texto ofrece distintos relatos: por ejemplo, el primero de ellos versa, de manera escueta, sobre el origen, migración e instalación definitiva del grupo mexicana (caps. I a. IV); en este bloque las figuras centrales son la deidad Huitzilopochtli y las acciones del grupo. El segundo trata sobre la guerra contra Azcapotzalco, hecho que le permite consolidarse como el grupo y núcleo más poderoso de la Cuenca de México durante el Posclásico Tardío (cap. V al XVI). El tercero habla de los centros rivales: Chalco (cap. XXI al XXVI) y Tlatelolco (cap. XLI al XLVII). El cuarto aborda las distintas conquistas que les permiten hacer tributarios a otros pueblos y consolidar su poder expansivo. Finalmente, figura una narración que abarca desde los presagios del advenimiento de los españoles, hasta la llegada de Hernán Cortés y su hueste a Tlaxcala (cap. CII al CX). Y concluye con un cierre abrupto que, sin embargo, deja en el aire una vibración de inquietante interés “[...] como adelante se dirá en otro cuaderno” (Alvarado Tezozomoc, 1987, p. 701). Por desgracia, no sabemos, hasta el día de hoy, qué registró Tezozomoc en ese “otro cuaderno” prometido, y ni siquiera hay indicios sobre su posible paradero.<sup>4</sup>

La elección temática y su secuencia no son, desde luego, gratuitas; casi se diría que los capítulos hacen las veces de textos “por entregas”, que culminan con un

---

<sup>3</sup> Véase Clementina Battcock y Patricia Escandón, “La Crónica mexicana de Hernando Alvarado Tezozomoc. Sus manuscritos y estudios”, *Textos híbridos: Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana*, Universidad de California, Estados Unidos, 2014.

<sup>4</sup> Puede decirse que la Crónica mexicana reviste el carácter de un texto clásico y que invariablemente es citado con profusión cuando se trata de hablar o de documentar a los *tlatoque* tenochcas y sus empresas conquistadoras, sobre todo porque la guerra parecería ser el *leit-motiv* de la historia tenochca. El relato destaca el accionar guerrero de cada *tlatoani*, así el gobernante encarna/representa el ímpetu, la agresividad o la pasividad del grupo tenochca en diferentes contextos. Estas estrategia narrativas las discuto en los textos “Alvarado Tezozomoc y su representación de los antiguos gobernantes tenochcas”, en Clementina Battcock y Berenise Bravo (coords.), *Mudables representaciones: el indio en la Nueva España a través de crónicas, impresos y manuscritos*, México, INAH, En prensa; “El memorioso Alvarado Tezozomoc y su construcción de la historia tenochca”, en Luis Barjau y Clementina Battcock (coords.), *Lo múltiple y lo singular. Diversidad de perspectivas en las crónicas de la Nueva España*, México, INAH, En prensa.

desenlace momentáneo y preludian la gran conclusión de toda la historia. De ahí mi creencia de que la *Crónica* está integrada por una historia mayor y otras menores, sin embargo unas y otras son necesarias en la estructura narrativa del conjunto. Juzgo importante destacar tal estrategia, porque al tenerla presente es posible observar la existencia de un plan y un ordenamiento discursivo.

Sin echar mano de la denuncia o la condena al régimen español,<sup>5</sup> la *Crónica mexicana* se esfuerza particularmente en destacar las excelencias y proezas del antiguo pujante grupo mexicana y plasma un pasado ideal, en el que la valentía y el honor de los antepasados en la guerra les forjaron reconocidas reputaciones y grandes riquezas.

La lectura minuciosa de esta tradición de historiografía indígena novohispana (compartida con otros autores como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl o Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin),<sup>6</sup> pone de manifiesto que las intenciones que alentaron a sus autores son de lo más variadas, en un amplio rango que va desde la búsqueda de un vínculo de origen común entre el hombre americano y el del viejo continente –a fin de demostrar la plena racionalidad y espiritualidad del nativo de las Indias Occidentales–, hasta la discreta y juiciosa denuncia del decaimiento de estatus del antiguo estrato gobernante prehispánico.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Las estrategias de incorporación de los estamentos indígenas a la dinámica política virreinal han sido estudiados por Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; James Lockhart, *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

<sup>6</sup> Fernando de Alva Ixtlilxochitl realizó sus textos considerando las informaciones cercanas al linaje gobernante de Texcoco, y Chimalpahin para el linaje de Chalco. Véase a Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Obras históricas*, Edmundo O’Gorman (ed.), México, Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM, 1985; Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, *Octava relación. Obra histórica de Domingo de San Antón Muñón Cuauhtlehuanitzin*, trad., estudio y paleografía de José Rubén Romero Galván, México, CONACULTA, 1989.

<sup>7</sup> Desde los últimos años del siglo XVI, pero sobre todo en los inicios del XVII, algunos descendientes de los antiguos nobles indígenas de la Nueva España fueron educados por un lado en las tradiciones prehispánicas, que aún sobrevivían, y por el otro en la cultura europea. Unos cuantos de ellos se dieron luego a la tarea de escribir, siempre usando los caracteres latinos, a veces en español, a veces en náhuatl u otra lengua autóctona, historias que relataban el devenir de los centros de poder que habían gobernado sus ancestros. A estos cronistas son a los que conocemos propiamente como los escritores de tradición indígena y con ellos, por primera vez aparece el

Con sus distintos matices, es posible afirmar que las crónicas de tradición indígena ofrecen el panorama de una escritura histórica que busca convertirse en espacio textual singular para la supervivencia de memorias en riesgo de extinción, pues se encuentran amenazadas por la emergencia del nuevo orden político virreinal. Hay en ellas un tono de añoranza de lo perdido, como por ejemplo, sus memorias, antiguos saberes, sus registros pictóricos, sus prestigiosos y heroicos gobernantes, sus pasados espacios, como el palacio, sus puentes, mercados, ciudades enteras que ya están desaparecidas. Por otro lado, podemos inferir en esta narración histórica una apuesta al futuro, con tintes ideales, un espacio de polémica, revaloración y reconstrucción del “legado original prehispánico” pero asimismo con marcas novohispanas.

A este respecto, asumo que la *Crónica mexicana* se compone de capítulos que tratan sobre los diversos procesos de guerra y conquista entablados por los tenochcas y el actuar de sus *tlatoque*.<sup>8</sup> La temporalidad en la que se inscribe el relato no está fijada realmente en la cronología, sino que es la de un pasado heroico del grupo mexica prehispánico, y consecuentemente del cristianismo. El discurso tiene, por lo tanto, un ordenamiento marcadamente providencialista –basado en la tradición del agustinismo histórico– y en secuencia temporal, aunque sólo aparezca una fecha: la de 1470 que marca la inundación ocurrida en tiempos de Ahuizotl (1486-1502). Sin embargo, es interesante notar, como señalé anteriormente, que la referencia cronológica que brinda no corresponde al período en que gobernó este *tlatoani*.

## El autor

Hernando Alvarado Tezozomoc nació del matrimonio formado por Francisca de Moctezuma y Diego Alvarado Huanitzin, la primera era hija de Moctezuma

---

principio o la práctica de la autoría, esto es que, ya en el cuerpo mismo del texto ya en la portada, consignaron sus nombres. Véase a José Rubén Romero Galván (coord.), *Historiografía mexicana. Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM, 2011.

<sup>8</sup> Los elementos discursivos en torno a las características bélicas que Tezozomoc plantea para el grupo tenochca son estudiados en Clementina Battcock, “Las guerras y las conquistas en la *Crónica mexicana*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, no. 52, México, Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM, En prensa.

Xocoyotzin y el segundo nieto de Axayácatl, es decir, que Hernando era *pipiltin*, un noble mexica tenochca (Romero, p. 82). Aunque no se ha logrado precisar su fecha de nacimiento, la propuesta más aceptada gira en torno a los años de 1538 o 1539 (Romero, p. 86) y se cree –aun en ausencia de prueba documental– que vino al mundo y vivió en la Ciudad de México, ya que su padre, Diego Alvarado Huanitzin, fue gobernador de Tenochtitlan hasta el año de su muerte, 1542.

Muy probablemente en sus primeros años Hernando fue educado por sus familiares, quienes lo introdujeron en los antiguos elementos culturales, como la lengua y la historia de su grupo filiación. Es seguro que más adelante asistiera a algún convento para ser adoctrinado en la fe católica y para aprender el alfabeto, lo que debió constituir su primer acercamiento a la cultura de los conquistadores. Y bien pudiera haber continuado su educación, como otros niños de alta cuna, en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, institución franciscana destinada a formar a los hijos de la nobleza indígena (Romero, p. 90).

Los especialistas españoles Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro proponen una fecha más temprana de nacimiento: 1524 (Alvarado Tezozomoc, p. 25). Y juzgando a partir de esta data, aducen que no es posible que Tezozomoc hubiera sido colegial de la Santa Cruz de Tlatelolco, puesto que al momento de la fundación de este plantel (1536), Hernando tendría 12 años y sería demasiado mayor para estudiar allí.

También se ha vinculado al cronista con el colegio jesuita de San Gregorio, sólo que esta institución abrió sus puertas en 1586, y sea que Tezozomoc contase entonces con 62 años (si nació en 1524) o con 48 (si nació en 1538) es evidente que había rebasado con mucho la edad escolar. Lo que sí es un hecho, es que San Gregorio se fundó con rentas procedentes del mayorazgo de Pedro de Moctezuma –tío de Tezozomoc–, y quizás de esta circunstancia derive la vinculación entre él y el colegio. Y también la posibilidad de trato con el jesuita Juan de Tovar, a la sazón profesor en el plantel y desde 1575 confesor de indios.

Independientemente de que no haya prueba fehaciente de su formación en el Colegio de Tlatelolco y mucho menos en el de San Gregorio, es evidente, a juzgar por el estilo de sus obras, que Alvarado Tezozomoc fue formado en los cánones de la alta cultura europea, en la que delimitaría parte de la tradición discursiva que

utiliza en su *Crónica mexicana*: la de las disciplinas básicas del currículo de las universidades medievales, que incluían la enseñanza del latín (en el *trivium*: gramática, retórica y lógica) y que, en efecto, se impartían en la Santa Cruz de Tlatelolco, pero posiblemente también en otros sitios.

En su vida adulta, Hernando Alvarado Tezozomoc se debe haber desenvuelto en el medio que correspondía a su estatus, esto es, entre los señores principales de la tierra. La actividad laboral que se sabe desempeñó Tezozomoc no resultaba de gran lustre ni acorde con su status, pues era un modesto *nahuatlato*, o intérprete, en la Real Audiencia de México.

Se cree que sus obras más conocidas, las mencionadas *Crónica mexicana* (1598), redactada en castellano, y la *Crónica mexicayotl* (1609), en náhuatl, las escribió en una edad más bien avanzada.<sup>9</sup> Dando por sentado que nació en el primer tercio del XVI, podemos suponer que cuando elaboró la primera tenía alrededor de sesenta años de edad (Romero, p. 87). Sus biógrafos asumen que falleció en torno a 1610, al año siguiente de haber terminado su *Crónica mexicayotl* (Romero, p. 93).

## La ciudad

La posición social de Alvarado Tezozomoc le hizo observar diferentes espacios contenidos en tradiciones de memoria que se correspondían con las maneras de percibir la Ciudad de México. Es a partir del capítulo LV donde aparecen referencias que apelan, de manera sobreentendida, al conocimiento que su público tiene de la capital, de sus parajes, calles y puntos de referencia, según "... [lo] que abrá bisto en esta Nueva España el discreto le[c]tor" (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 250):

"<en> la calçada que agora de N<uest>ra Señora de Guadalupe [...] que agora [es] junto a la Huerta del Marques del Balle [...] [donde se puso] la

---

<sup>9</sup> Véase a Clementina Battcock, "De crónicas y encuentros. Un recorrido por la obra de Alvarado Tezozomoc", en Ana Luisa Guerrero (coord.), *Dignidad intercultural*, México, Centro de Investigaciones en América Latina y el Caribe - UNAM, 2015.

primera cruz, que agora está por la parte de Cuyuacan camino rreal que agora <en>tra en Méx<ico>” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 297); “Este templo estaba puesto y çerro adonde fueron las casas de Alonso de Abila y don Luis de Castilla, hasta las casas de A<n>tonio de la Mota, en cuadra [...] hasta el çerro que es agora de N<ues>tra Señora de Guadalupe y desde la Güerta del Marqués de el Balleü hasta la çidad” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 301).

Éstas ubicaciones, y otras más como “Llegado a Ahuitzilam, que agora es el ospital de N<uest>ra Señora” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 344), y “el primer cuauhxicalli de sacrificio, un poco más pequeña <que> la que está agora <en> la plaça junto a la Yglesia Mayor” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 345), revelan en el autor no sólo su familiaridad de residente de la Ciudad de México, sino también su “intimidad” con el área circundante a ella y, además, muestran asimismo que esta perfectamente al corriente de la transformación de todo ese espacio a lo largo de los tiempos. Es inusual la forma que adopta Tezozómoc para relatar en “primera persona”, o su equivalente funcional, pero muy eficaz: esa primera persona que informa un punto de vista que solo puede ser/es propio.

Las referencias que proporciona Tezozomoc no se limitan a dar cuenta de distintos espacios de la capital novohispana sino también, en muchos casos, de sus correspondencias con los sitios de la antigua Tenochtitlan. Esto es que sus descripciones transitan por dos trazas geográficas: la desaparecida y la nueva. Sin embargo, lo curioso es que este cronista indígena novohispano no conoció a la antigua Tenochtitlan, a la cual hace referencia en sendos capítulos, por lo que no está de más tomar con ciertas precauciones las indicaciones que brinda sobre las localizaciones prehispánicas.

## Los estudios sobre la ciudad Antigua

Los textos “¿Dónde está Tlaloc? Edificación real y simbólica del imperio en fuentes escritas y materiales” y “(De)mystifyng sacred geographical spaces in Hernando de Alvarado Tezozomoc’s *Cronica Mexicana*”, realizados por la investigadora Rocío Cortés, se ocuparon de problematizar las formas y los medios en los que el pasado prehispánico se conjugó con las prácticas coloniales hispanas: “En



ocasiones, los linderos espaciales, temporales y culturales en la *Crónica* muestran el reflejo de la cosmovisión indígena en el espejo de la nueva sociedad colonial.” (Cortés, 2002, p.78).<sup>10</sup>

La “traducción cultural” de sistemas de comunicación diferentes, e incluso la construcción y posterior consolidación de nuevos espacios urbanos occidentales trastocaron las narrativas que fijaban el orden del mundo indígena: “Las transcripciones del pasado prehispánico se hicieron dentro de la situación política e ideológica que conllevó la colonia, en un entorno que influyó en la selectividad de los recuentos del pasado indígena a la nueva audiencia colonial” (Cortés, 2003, p. 342).<sup>11</sup>

Los grupos sociales indígenas construyeron un sistema de orden social que reivindicaba posiciones sociales, políticas y religiosas estratégicas para una estratificación social basada en la pertenencia étnica y territorial que, por tanto, impactó en la organización urbana:

Como *Altepetl*,<sup>12</sup> Tenochtitlan era un núcleo definido por un grupo étnico específico que operaba independientemente de los otros en su organización gubernamental, jerárquico-social e histórica. El sentido de pertenencia al gru-

---

<sup>10</sup> “At times the spatial, temporal and cultural boundaries in the *Crónica* display the reflection of the indigenous cosmovision in the mirror of the new colonial society”.

<sup>11</sup> Sobre los procesos de significación y transformación de la memoria indígena, la autora refiere al postulado propuesto por Enrique Florescano, quien afirma que la transmisión del pasado prehispánico a la escritura latina encapsuló versiones mítico históricas que le dio un sentido unívoco que no tenía antes.

<sup>12</sup> “Los altepetl del valle de México constituyeron un sistema regional, político, económico y cultural que los integraba a todos a partir de su relativa autonomía y diferencia. Este sistema, como los atepetl mismo, era emergente, es decir, no estaba definido de ante mano sino que se constituyó y elaboró a lo largo del tiempo, adaptando las herencias culturales de sus participantes a las cambiantes realidades producidas por su propia dinámica. [...] los grupos del valle de México no aplicaron automática o mecánicamente un arquetipo político, religioso y cultural ya existente sino que modificaron de manera creativa estos arquetipos y crearon nuevas formas de organización política, de configuración religiosa y territorial, de identidad étnica y de narración histórica, para adaptarse a las cambiantes realidades políticas, sociales y culturales que ellos mismos iban generando”. Federico Navarrete Linares, “La historicidad de los altepetl”, en *Los orígenes de los pueblos indígenas del valle de México. Los altepetl y sus historias*. México, UNAM, 2011.

po étnico, además de ser una cuestión de genealogía, estaba íntimamente ligado al territorio percibido como patrimonio sagrado, designado por la deidad principal y por una memoria colectiva que entrelazaba el pasado, el presente y el futuro mítico e histórico. (Cortés, 2003, p. 345-346).

La constante legitimación mítico-histórica del grupo social regente, además de encontrarse nominalmente asumido a un linaje de pertenencia, creó una atmósfera de dominio espacial acompañado de la propia distribución del ambiente humano, pues se servía de una estrategia narrativa que al vincularse con lo sagrado legitima la posición política del grupo humano dirigente, que a su vez excluye a otros grupos rivales, y utiliza la transmisión de la memoria como un mecanismo selectivo que contribuye a la expansión y aceptación de modelos sociales, políticos y religiosos del grupo dominante (Cortés, 2003, p. 350).

Este instrumento de inscripción selectiva de la historia se hizo patente en los textos de Tezozomoc, pues el autor escribió desde una nueva tradición cristiana que inscribe los atajos históricos de una tradición prehispánica anterior con la que tiene profunda vinculación cultural: “Este mecanismo selectivo se refleja en la *CM* y en la *Crónica mexicáyotl* de Tezozomoc. Aun cuando a Huitzilopochtli se le nombra como “demonio” o “abusión” en la *CM*, el énfasis en el cumplimiento de su deber como deidad tutelar y de su grandeza opaca tal apelativo”. (Cortés, 2003, p. 354)

Asimismo, la autora pone énfasis en la identificación del centro urbano de Tenochtitlan como un nudo terrenal en el que era posible reconocer el cosmos a través de la materialización de lo sagrado en recintos que vinculaban lo simbólico a una ubicación espacial específica. Sin embargo, una vez ganada la guerra de conquista por los hispanos, se inició la construcción de otro espacio sagrado, algunas veces identificado con un nuevo paraíso cristiano, que no anuló el cosmos anterior, sino que trascendió en dispositivos mnémicos (Mnemonic devices<sup>13</sup>) a los nuevos espacios de significación cultural, pues el fin último de un grupo de conquistadores era el proveer bases sólidas de diseminación de la fe cristiana, destru-

---

<sup>13</sup> En extenso, podemos referirnos a estos como “huellas de memoria”.

yendo los antiguos templos, ocupando los espacios como medio de extirpación idolatrías que promovió una nueva toponimia que santificó a la ciudad, y buscó alejarla de los vicios y errores de las ciudades europeas (Cortés, 2002, p. 77).<sup>14</sup>

Es importante destacar que las señas y datos que brinda Alvarado Tezozomoc sobre la ciudad, posiblemente las aprendió por información de algunos de los mayores de su familia, como de su padre Diego Alvarado Huanitzin, segundo nieto de Axayácatl, y gobernador de Tenochtitlan hasta el año de su muerte en 1542. Lo interesante es que, en paralelo con los puntos referenciales de una Ciudad de México que Tezozomoc sí habitó, los relativos a Tenochtitlan se nos presentan con tal tono de certeza, aplomo, precisión y autoridad dignos de un vecino de ella, aunque sabemos perfectamente que él ya no vio aquella ciudad viva. La construcción discursiva que el autor realiza desde una posición social indígena novohispana hace de este texto un relato de legitimación que tiene como objetivo la confección de una estrategia narrativa que sobrepone dos ciudades de culturas distintas en un mismo espacio geográfico.

En ese sentido, puedo compartir la afirmación postulada por Bárbara E. Mundy en donde puntualiza que la discusión en torno a los espacios urbanos se fijó entre la construcción que sobre ella proyectaban los grupos de conquistadores peninsulares, no sólo física, sino también históricamente, como parte de un proceso de inserción de la antigua geografía tenochca en una historia universal que partía de un horizonte de redención postulado por la religión católica. Sin embargo, esto no abolió de ninguna manera los espacios de memoria indígena compartidos oralmente por generaciones que precisaban de una tradición que buscaba reestructurar sus espacios de poder, siendo la narración de la historia de sus linajes la que se vinculaba estratégicamente a una historia de la ciudad, una dinámica narrativa que más eficazmente podía contribuir en la recomposición de sus esferas de in-

---

<sup>14</sup> “Once the extirpation of idolatry eradicated the Mesoamerican’s religious beliefs, a New Jerusalem could be built without the vices and mistakes that had afflicted the Christians of the Old World. Thus, as soon as the friars arrived in Mexico, they immediately built churches where the pre hispanic divinities had their temples and assigned Christian patrons to create a new toponymy. The spaniards followed the urban division of the calpolli and the new christian toponymy coexisted with the prehispanic one”.

fluencia en la cambiante formación de los órdenes de gobierno de la capital novohispana (E. Mundy, 2015, 210-211).

## Pasado y presente en la ciudad de Tezozomoc

Ciertamente, no es casual que la obra de Tezozomoc represente un mundo tenochca esplendoroso, magnífico, pero perdido, ni que se pretenda convertir en una vía de afirmación de un pasado heroico y civilizado, imposible de recuperar tras la Conquista. Por esta tónica, su *Crónica* es calificada como el mejor exponente de la historia antigua de México-Tenochtitlan y también porque el argumento se enfoca en la expansión del pueblo mexicana, desde su primer *tlatoani*, Acamapichtli, hasta Motecuzoma Xocoyotzin (Esteve Barba, p. 269).

En tal sentido, quizás se podría argumentar que Tezozomoc fungió como depositario de una tradición guardada a través de generaciones en distintos soportes pictográficos y documentales (Kenrick Kruell, p. 102). Esto presenta al autor como el custodio de una gran tradición colectiva que no excluye en absoluto la injerencia de intereses individuales e inmediatos; pues incluso estos pueden ser complementarios. Por ello, mi hipótesis es que la evidente intención de Tezozomoc de encumbrar la historia de su propio linaje y de ensalzar su pasado glorioso también revestía la posibilidad de un beneficio personal: el de alcanzar para sí, o para sus allegados, un lugar de privilegio en el entramado social novohispano.

Tezozómoc exhibe la simultaneidad de una postura escriturística que conjuga “pasado-presente” y “lo ajeno-lo propio”, concretando su narrativa respecto de “su” ciudad –la de ellos– en el pasado; pero también la suya en el presente. Por otro lado, el rescate de lo pretérito tiene obvias dimensiones y usos presentes: entre otros, el de forjar un espejo donde el grupo en cuestión pueda reconocerse, y a su vez “actualizar” la memoria, porque es en el *ahora* y el *aquí* donde se formulan los deseos para el futuro. La proyección de dichos anhelos sobre la pantalla de un pasado espléndido permite el rebote de un eco que llega al presente –para traducirse en reclamos de justicia– y que también puede alcanzar el futuro, en forma de esperanzas de reparación. Se trata, pues, de legitimar el presente y de luchar por el futuro, narrando el pasado con determinadas tonalidades y sesgos.

Por lo pronto, lo hasta aquí asentado no invalida la condición indígena de Tezozomoc, pero sí la matiza, pues fue desarrollada en un contexto novohispano. Tan evidente es que el autor se formó en las tradiciones autóctonas, como que abrevó en las fuentes de las españolas. Es, en suma, un *pipiltin* incorporado al nuevo orden virreinal que conoce y se ha adentrado en las pautas de la nueva cultura imperante en su tierra, y que por tanto sabe cuál es su lugar como miembro de una sociedad golpeada y traumatizada por las experiencias de la Conquista y sus secuelas.

Tezozomoc también es perfectamente consciente de que en los cánones sociales de los dominadores hay reglas de juego que le permiten moverse en la escala corporativa. Una de ellas son los privilegios y prerrogativas de las cúpulas, de los señores –pasados y presentes– de la tierra. De ahí la extendida discusión entre los diversos sectores de la Nueva España sobre los legítimos dominios de otros tiempos, sobre los servicios prestados, sobre la condición de las personas y la pureza de su estirpe. La cualidad híbrida de Tezozómoc es evidente, y desde luego ni más ni menos profunda que la de cualquier otro contemporáneo suyo, o nuestro. Todos somos mestizos, lo sepamos o no, lo aceptemos o no. Lo interesante, para mí al menos, es deconstruir el hibridismo de Tezozómoc, la inestabilidad de esa cualidad suya, a causa de su dependencia de la negación de nuestro propio hibridismo.

Tezozomoc es un indígena nahua novohispano cristiano que se encuentra a la mitad de dos mundos, y de ambos habla con la misma soltura. Así, considero que, como el de algunos otros casos, el énfasis en su identidad, amparándose en el espejo de lo prehispánico, los moldea como indios novohispanos, en consecuencia los instiga a reproducir lo que se ha denominado como el “discurso de la indianidad cristiana.”

Al tiempo que Tezozomoc se manifiesta perfectamente familiarizado con su hábitat y entorno, curiosamente acalla en el texto su voz personal, su identidad. En toda la *Crónica* la única alusión a su carácter individual es un vago “Yo sospecho [...]” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 245). Si bien esta línea constituye un solo ejemplo del uso de la primera persona del singular y de que expresa una incertidumbre y no una convicción o un hecho –tónica característica del resto del discurso o narración– aquí lo interesante es remarcar que, salvo por esta excepción, no

hay en el escrito ninguna voz individual. Esta peculiaridad puede abonar, tal vez, el parecer de algunos especialistas respecto de que la *Crónica mexicana* no es, en sentido estricto, una creación intelectual de Tezozomoc, sino una versión trasladada de otro texto náhuatl. Es simplista suponer que la falta de un “yo” anule su existencia.

Por otro lado, es indiscutible que, aun sin manifestarse concretamente como sujeto, Tezozomoc hiciera sentir con fuerza sus rasgos personales plasmados en la exhibición de su formación, de su competencia en el empleo de las estrategias literarias y retóricas europeas de su tiempo. Tal es la apelación continua al lector, para que lo siga escrupulosamente, sin perder detalle, en una especie de relación personal: “[...] que atrás está d<ic>ho esta rrelación[...].” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 287); “[...] que por ebitar prolixidad no ban espresados sus nonbres, abiéndose nonbrado en muchas partes” (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 246); “[...]finalmente por no cansar al le[c]tor”. (Alvarado Tezozomoc, 1997, p. 392).

Otros recursos retóricos de cuño hispánico que Tezozomoc introduce en su texto son el discurso directo (por ejemplo, uno que pone “en boca” de Tlaclelel), o el echar mano de los ejemplos y las digresiones. En el extremo contrario del espectro, también da pinceladas de su trato íntimo, de su sapiencia sobre el mundo indígena, algo que sólo puede provenir de quien es uno de ellos, de aquel que se ha criado en su mismo seno y que tiene dominio de sus usos y tradiciones, pasados y presentes. Esto se percibe, por ejemplo, en el manejo de los detalles sobre ritos y ceremoniales.

## Notas finales

Trabajar con la *Crónica mexicana* de Alvarado Tezozomoc, y específicamente con sus pasajes relativos a localizaciones de la Ciudad de México y su entorno, inevitablemente invita a reflexionar sobre las razones por las que el cronista las presenta de tal o cual manera, por el contexto en el que figuran, por el sentido que les confiere en el cuerpo de su narración, y por lo que podrían representar en el ámbito temporal del propio Alvarado Tezozomoc. Es decir, es un llamado a la *historización* de los lugares o, dicho con más puntualidad, a aproximarse con mayor cautela a la naturaleza movediza y polisémica de la ecúmene mexicana que luego

devino novohispana.

Con esto también quiero decir que durante mucho tiempo y con demasiada confianza, se ha dado por sentado que las referencias de Tezozomoc a emplazamientos prehispánicos son “exactas” y “reales”, asunción que yo no comparto, o al menos no íntegramente, porque estoy segura de que entrañan un sentido mucho más amplio y huidizo cuya validez, por el momento, no estamos en condiciones de acreditar.

Me creo también en el deber de señalar que este breve estudio tiene todavía por delante un largo trecho que recorrer y en esta ocasión he tenido que conformarme con esbozar apenas algunos de los problemas hermenéuticos a los que hay que hacer frente, y entre ellos uno no menor es el de deslindar la perspectiva “occidental” de la perspectiva “indígena” del cronista sobre las referencias geográficas, aunque debo asentar que lo que aquí presento configura una presentación elemental de la enorme riqueza y de la multitud de aspectos aun inexplorados que entraña la crónica de tradición indígena en general y, en este caso particular la de la *Crónica mexicana*.

## Bibliografía

- Alva Ixtlilxochitl, Fernando de (1985): *Obras históricas*, Edmundo O’Gorman (ed.), México, Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM.
- Alvarado Tezozomoc, Hernando (1987): *Crónica mexicana*, edición y notas de Manuel Orozco y Berra, precedida del código Ramírez, 4ª edición. Ciudad de México, Porrúa.
- (1997): *Crónica mexicana*, edición de Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, tomada del *manuscrito Kraus* (fechado para principios del Siglo XVII) de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América. Madrid, Historia 16.
- Battcock, Clementina (2015): “De crónicas y encuentros. Un recorrido por la obra de Alvarado Tezozomoc”, en Ana Luisa Guerrero (coord.), *Dignidad intercultural*, México, Centro de Investigaciones en América Latina y el Caribe - UNAM.
- (En prensa): “Alvarado Tezozomoc y su representación de los antiguos gobernantes tenochcas”, en Clementina Battcock y Berenise Bravo (coords.), *Mudables representaciones: el indio en la Nueva España a través de crónicas, impresos y manuscritos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (En prensa): “El memorioso Alvarado Tezozomoc y su construcción de la historia tenochca”, en Luis Barjau y Clementina Battcock (coords.), *Lo múltiple y lo singular. Diversidad de perspectivas en las crónicas de la Nueva España*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (En prensa): “Las guerras y las conquistas en la Crónica mexicana”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, no. 52, México, Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM.
- y Patricia Escandón (2014): “La Crónica mexicana de Hernando Alvarado Tezozomoc. Sus manuscritos y estudios”, *Textos híbridos: Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana*, Universidad de California, Estados Unidos.
- Cortés, Rocío (2002): “(De) mystifying Sacred Geographical Spaces in Two Chapters of the *Crónica Mexicana*”, en *Mapping Colonial Spanish America: Places and Commonplaces of Experience, Culture, and Identity*. Eds. Santa Arias and Mariselle Meléndez. Lewisburg: Bucknell University Press.
- (2003): “¿Dónde está Tlaloc? Edificación real y simbólica del imperio en fuentes escritas y materiales”. En *MLN*, Nro. 118
- Esteve Barba, Francisco (1964): *Historiografía indiana*. Madrid, Gredos.
- Gibson, Charles (1984): *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Guzmán Martínez, Rosa Alejandra (s/f): “Ex templo de San Agustín de la Ciudad de México”, adaptación para la versión web por F. Andrea Nuño. Consultado el 14 de enero de 2016, en <http://www.arquitecturayvidacotidiana.com.mx/>



[sanagustinmexico.pdf](#).

- Kenrick Kruell, Gabriel (2011): *La Crónica X: nuevas perspectivas a partir del problema historiográfico de la Crónica mexicáyotl y su cotejo con la Crónica mexicana*. Tesis de Maestría en Estudios Mesoamericanos. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lockhart, James (1999): *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mundy, Bárbara E. (2015): *The death of Aztec Tenochtitlan, The life of Mexcio City*. Austin, University of Texas press.
- Navarrete Linares, Federico (2011): “La historicidad de los altépetl”, en *Los orígenes de los pueblos indígenas del valle de México. Los altépetl y sus historias*. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas.
- Romero Galván, José Rubén (2003): *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozomoc su tiempo, su nobleza y su crónica mexicana*. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas.
- (2011): *Historiografía mexicana. Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM, 2011.
- Rubial García, Antonio (2002): “La Nueva España: imágenes de una identidad unificada”, en Enrique Florescano (dir.), *Espejo mexicano*, Fondo de Cultura Económica.
- San Antón Muñón Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de (1989): *Octava relación. Obra histórica de Domingo de San Antón Muñón Cuauhtlehuanitzin*, trad., estudio y paleografía de José Rubén Romero Galván, México, CONACULTA.